

“Filipo (...) hizo llamar al más célebre y sabio de los filósofos, Aristóteles”

Plutarco, *Alejandro* 7. 1-5

El comienzo de esta crónica nos remite al famoso texto de Plutarco en el que aparecen unidos dos personajes que transitaban por los mismos lugares que hemos visitado en la primera parte de este viaje a tierras del norte de Grecia: Filipo II y Aristóteles. Junto a ellos, Alejandro, cuya educación tanto preocupaba a su padre, rey de Macedonia. A muchos de los viajeros integrantes de este grupo, que hemos formado y seguimos formando parte de la educación de los jóvenes, el itinerario ya de por sí interesante por su calado histórico y arqueológico al estar centrado en la figura de Alejandro Magno, nos ha despertado un mayor interés, si cabe, por incluir la visita a los lugares donde se educó el joven príncipe y donde nació y ejerció su profesión uno de los más famosos profesores de la Antigüedad, Aristóteles.

Así, la primera parte del viaje ha estado dedicada a la corte de Macedonia, con un protagonismo casi absoluto del rey Filipo II, ya que hemos visitado la ciudad sagrada de Dión; la antigua capital de Macedonia, Egea, con el teatro donde fue asesinado Filipo (momento recreado *in situ* por nuestros compañeros Tomás y Antonio) y el palacio real en el que Alejandro fue proclamado rey de los macedonios, recientemente abierto al público; la capital, Pella; el ninfeo de Mieza, donde el rey mandó instituir la escuela en la que Aristóteles formó al príncipe Alejandro; el Gran Túmulo de Vergina, descubrimiento reciente que cuenta con un nuevo enfoque museístico (mostrar los hallazgos en el lugar en el que fueron encontrados) y dentro del cual Manolis Andrónikos, el arqueólogo encargado de la excavación, creyó encontrar la tumba del propio rey. En definitiva, ha sido un recorrido por la vida de Filipo II en el decorado real donde se desarrolló: sus ciudades, su ciudad sagrada, su palacio, el teatro donde murió, el lugar donde –supuestamente– se le enterró; y junto a ellos, deslumbrantes tumbas de tipo macedonio en San Atanasio y Náusa, construidas para difuntos a los que no se puede dar nombre.



Parte del grupo en el palacio de Egea

El periplo por todos estos lugares arqueológicos se ha hecho desde Tesalónica, que también nos ha cautivado con el encanto de sus ruinas de época romana, sus iglesias bizantinas (Patrimonio de la Humanidad), la riqueza de sus Museos y el ambiente de sus zonas de ocio nocturnas en las partes más modernas de la ciudad, junto al mar.



Commemorando el 25 de marzo, Fiesta Nacional de Grecia

La segunda parte del viaje se ha desarrollado por la región de Tracia, lo que nos ha dado la oportunidad de realizar visitas de temática más variada. Comenzamos siguiendo las huellas de Alejandro y visitamos la ciudad natal de Aristóteles, Estagira, que, aunque en la Antigüedad solo tuvo fama por ser la patria del filósofo, nos admiró por su ubicación geográfica y sus paisajes. Por ello, no nos sorprendió que el propio Filipo, en un gesto de generosidad insólito para un rey tan poderoso, ordenara reconstruirla después de haberla arrasado. Visitamos otros lugares importantes en la Antigüedad como Anfípolis, Abdera y la verde Tasos, y nos llamó la atención que, a pesar de que en la actualidad son pequeños pueblos los que albergan sus restos, en todos hay un Museo representativo de lo que fueron en época antigua, edificado con un interés seguramente turístico, pero que constituye una forma más de sus habitantes de honrar su antigua memoria.



El grupo en el ágora de Estagira

Otra faceta de nuestra ruta por Tracia ha sido la religiosa, pues visitamos la ciudad de Filipos, en la que predicó San Pablo, y hemos avistado, desde un barco, el Monte Atos, el monte más sagrado para la religión ortodoxa griega por su acumulación de monasterios y, aunque allí no se permite entrar a las mujeres, nos desquitamos un tanto al visitar uno de los *metochia* que el monasterio de Vatopedi, segundo en jerarquía atonita, tiene fuera del Monte Santo: San Nicolás, que ocupa dos islotes unidos por puentes en medio de las aguas del lago Bistónide, bellísimo sitio protegido por el Convenio Ramsar.

Finalmente, visitamos ciudades menos relevantes desde el punto de vista arqueológico, pero de gran belleza y animada vida, como Kavala y Xanthi.

El disfrute de la visita de estos evocadores lugares se ha incrementado por la calidez y hospitalidad de las gentes de estas dos regiones, Macedonia y Tracia. Es necesario recordar al vigilante de la Necrópolis de San Atanasio, que nos permitió visitarla a la luz de las linternas a pesar de no contar con fluido eléctrico debido a un accidente de tráfico (afortunadamente se restableció antes de irnos), al guarda del Museo de Anfípolis que nos abrió el área arqueológica del puente sobre el Estrimón, a las mujeres de Kavala que nos ofrecieron la llave de la Mezquita de Halil Bey y nos acompañaron por la ruta más fácil hasta el Acueducto...

Y, por supuesto, también han contribuido –y mucho- al desarrollo del viaje la profesionalidad de nuestro conductor, Margaridis (Makis para nosotros), y la presencia arrolladora de nuestro incansable guía salonicense de nacimiento, Iordanis, que ilustró ampliamente todos los lugares visitados y nos deleitó con innumerables anécdotas protagonizadas por sus también innumerables amigos (“¡Sí, señor, por favor!...”).

En último lugar (el que siempre se reserva para lo excelente), hay que destacar la estupenda convivencia vivida dentro del variopinto grupo de viajeros (también calificado de “macedonia” por Rosa): siempre puntuales y siempre entusiasmados ante cada nueva visita, sin desfallecer ante las pruebas físicas (la “subidita” hasta el Teatro de Tasos -en obras de rehabilitación- por un camino casi impracticable), los accidentes (el “tropezón” de Miguel), los

reveses (no poder navegar al Monte Atos en el día convenido debido a la mala mar) ... que evidencian claramente el hecho probado de que los amantes de la Antigüedad Clásica estamos hechos de otra pasta. A este buen ambiente han contribuido de forma extraordinaria, como el zumo de naranja al sabor de la macedonia, Rosa y Fernando que han estado pendientes de cada detalle y nos han agasajado durante los viajes con mitología, literatura, curiosidades filológicas e incluso música (Hatzidákis y Theodorákis como fondo del viaje por la Calcídica fueron el complemento perfecto para tan magnífico paisaje). Ellos han sido con su trabajo y buen hacer la miel que no puede faltar nunca en los postres griegos.

Cuando, en el viaje de vuelta, desde la ventanilla del avión se perfiló la silueta nevada del Monte Olimpo rodeado de niebla, pensé que Zeus nos había protegido especialmente en este recorrido por su territorio y que nos estaba invitando a volver más veces a Grecia para encontrar la raíz de lo que somos y respirar el mismo aire que respiraron los antiguos griegos, fundamento que son de nuestros Estudios Clásicos y a quienes seguimos admirando y de quienes seguimos aprendiendo la esencia del ser humano, porque ¿puede haber algo más importante?